



Partidos políticos perdieron la fe de ciudadanos

Hay silencios que pesan más que cualquier discurso. El de las urnas vacías es uno de ellos. Ese silencio que se siente el día de la elección, cuando las casillas abren puntuales pero la gente apenas llega, cuando el sol avanza y las filas simplemente no se forman. No es apatía gratuita. Es cansancio. .

Y, aunque a muchos políticos no les guste escucharlo, es consecuencia directa de años de promesas rotas.

Ayer, durante la presentación del estudio “La participación ciudadana durante los comicios para la gubernatura en el Estado de México (2011-2023)”, encabezada por la consejera presidenta del Instituto Electoral del Estado de México, Amalia Pulido Gómez, los datos volvieron a poner el dedo en la llaga. No son cifras frías; son un termómetro social.

El Instituto Nacional de Estadística y Geografía, con la ENCUCI 2023, reveló algo que debería encender todas las alarmas: apenas 22.3 por ciento de la población confía en los partidos políticos. Apenas uno de cada cinco. En contraste, 51.5 por ciento confía en los institutos electorales. Es decir, la gente todavía cree en la cancha, pero ya no cree en los jugadores. Y eso dice mucho.

Durante años se repitió la narrativa cómoda de que “la ciudadanía es apática”, que “no le interesa la política”. La verdad es otra, y es más incómoda: a la gente sí le importa, pero dejó de creer. Y cuando uno deja de creer, simplemente se aparta. Como quien ya no vuelve al restaurante donde siempre lo trataron mal.

Además, los partidos se fueron encerrando en sus burbujas. Se llenaron de los mismos rostros, de los mismos apellidos, de las mismas prácticas. Candidatos reciclados, campañas de foto bonita y poca sustancia, operadores más preocupados por la grilla interna que por tocar puertas reales. ¿Cómo pedir entusiasmo así?

Y es que el abstencionismo no nace de la nada. Se

cultiva. Se riega con escándalos de corrupción, con chapulineo político, con promesas que duran menos que una lona de campaña.

Se alimenta cada vez que un diputado desaparece tres años o que un alcalde solo regresa para pedir el voto otra vez.

La gente lo ve. Y toma nota.

En colonias populares, por ejemplo, no es raro escuchar frases como “todos son lo mismo” o “para qué voto si nada cambia”.

Puede sonar duro, pero es una percepción construida a pulso por los propios partidos. Nadie más. Claro, el piso institucional todavía existe. Que más de la mitad confíe en los árbitros electorales es una buena noticia, aunque frágil. Significa que la democracia no está rota, pero sí desgastada. Como un puente que todavía aguanta, pero ya cruje cuando pasa la carga.

Por eso, el reto no es solo técnico ni de organización electoral. Es político, profundamente político. Los partidos tienen que volver a la calle, escuchar sin soberbia, abrir espacios reales a ciudadanos comunes, dejar de simular consultas y empezar a rendir cuentas en serio. Menos espectáculos y más congruencia.

Porque, la verdad sea dicha, nadie se enamora de una sigla. La gente se conecta con causas, con honestidad, con resultados palpables.

Si los partidos no reconstruyen esos lazos con la sociedad civil, el vacío seguirá creciendo. Y una democracia con la mitad de sus ciudadanos ausentes es una democracia coja.

Las urnas no deberían estar solas. Pero para llenarlas, primero hay que recuperar la confianza. Y esa tarea, nos guste o no, empieza en casa de los propios partidos.